

Vivir el encuentro: una experiencia con los otros

DOI: 10.15658/CESMAG19.12080204

« **Palabras clave:** *Amistad, Encuentro, Hombre, Relación con los demás.* »

Emma del Pilar Rojas Vergara¹

[Resumen]

Una gran oportunidad es la que el hombre descubre cuando se aventura a salir de sí y vive la experiencia de ponerse en movimiento e ir hacia el otro, o también al notar que es el otro quien se ha anticipado en la iniciativa de caminar en la misma dirección; finalmente, sin que mucho interese el lado de donde surja la apetencia de una experiencia de vida, ocurre el encuentro que en su hondura revela lo que cada uno trae y aporta a la experiencia. La experiencia del encuentro es personal y compartida, su valor se cultiva y sus alcances se aprecian en el tiempo,

la madurez de la misma se hace evidente en la calidad de relaciones con los otros y con el Trascendente en quien encuentra su fundamento: el Amor.

¹ // Magíster en Filosofía por la Universidad Pontificia Bolivariana [Medellín]. Estudiante becario por la Universidad Cesmag en el doctorado en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana [Medellín]. Integrante del Grupo de Investigación Lumen de la Universidad Cesmag. Correo electrónico: eprojas@unicesmag.edu.co

Una realidad natural anclada en el corazón del hombre es la de vivir con otros, compartir con ellos, sintonizar y generar grandes proyectos para realizarlos a lo largo de la vida; ya Aristóteles lo decía: “[...] el hombre es por naturaleza un animal político” (*Política*, 1253^a); esto haciendo referencia a que el hombre está destinado a encontrarse con los demás y que no puede vivir sin relacionarse con la familia, con la ley y con el hogar, sin tener la posibilidad de compartir con los otros; no hacerlo sería vivir la propia soledad, la imposibilidad de comunicación con los otros, sentir la soledad y el vacío existencial como una amenaza contra la vida.

De otra parte, las relaciones con los otros jamás son neutrales: “[...] cada cual ve en el otro lo que espera ver y, aún en la diferencia, continúan haciéndose presentes, como proyecciones, las ideas afincadas en el yo” (Aguirre, 2013, p. 226-227), por lo que, la travesía por la vida conlleva a vivir el encuentro con otros como el camino más acertado para sentir el equilibrio y disfrutar de la realización. Dependiendo de la actitud y la disponibilidad que cada uno tenga para hacer que esos encuentros que acontecen en la cotidianidad de la vida estén cargados de sentido, que dignifiquen la vida y produzcan gozo, satisfacción y crecimiento mutuo, “[...] ya que el apetito natural es la satisfacción de la necesidad”, lo indica Aristóteles en *Ética Nicomáquea* (1118b).

Hoy, en tiempos y situaciones cruciales de marcado individualismo, el llamado es a generar actitudes positivas, abiertas y transformadoras en el ejercicio de encuentro con los demás, de manera que encontrarse no sea sinónimo de desacuerdos, ofensas o malos momentos, sino más bien de oportunidades para compartir y disfrutar la vida como el máximo bien del que disfruta el ser humano de una manera libre y consciente. Bien lo advierte el filósofo Lucio Anneo Séneca al pensar sobre las relaciones de amistad que brotan de un compartir abierto y

a la vez profundo: “Medita largamente si debes recibir en amistad a alguno, y cuando hayas resuelto hacerlo, recíbelo con el corazón abierto, y háblale con tanta confianza como a ti mismo” (*Ep. III*). De lo que se trata entonces, es de construir la amistad que haga posible disfrutar, compartir, amar y servir. La amistad que no se encierra en sí misma, sino que se ofrenda en abierta solidaridad y fraternidad.

La construcción de una relación así planteada no se queda únicamente en el plano humano, va más allá de los límites pequeños y próximos; cuando se alcanza a merodear en la cercanía de Dios, se descubre un estilo de relación que requiere tener criterios que la orienten y audacia para mantener esa amistad; en la línea del libro del *Deuteronomio* será cumplir los preceptos y mandatos y volver la mirada hacia Dios como la fuente del amor y de la amistad.

Escucha, Israel: Yahveh nuestro Dios es el único Yahveh. Amarás a Yahveh tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Queden en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy. Se la repetirás a tus hijos, les hablarás de ellas tanto si estás en casa como si vas de viaje, así acostado como levantado; las atarás a tu mano como una señal, y serán como una insignia entre tus ojos; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus puertas Dt. 6, 4-9 (*Biblia de Jerusalén*).

Con todo el corazón y con toda el alma, muy profundamente, es la actitud que ha de estar presente y animar a recibir la proposición de ser cercanos al mandamiento del amor a Dios y amor a los demás, amor a la vida, amor a las personas y las cosas que conllevan al bien en la existencia de todos.

Hay que empezar esta tarea haciendo memoria de los encuentros diarios con los demás, del compartir de la vida y el significado reconocido en esas experiencias, en la medida del servicio y del amor que se

comparte en dichos encuentros y que debe convocar a vivencias satisfactorias y a experiencias de realización. En ese sentido Séneca recuerda: “El sabio está contento consigo mismo, no para vivir, sino para vivir felizmente; porque para aquello necesita muchas cosas, y para esto le basta tener espíritu firme y recto que desprecie la fortuna” (*Ep. IX*). Lograr la satisfacción significa encontrarse realizado con lo que se hace y con lo que se comparte con los demás. Esta forma de construir la felicidad es una invitación a comprender que cada ser humano tiene en lo más profundo de su ser una semilla que cultivar y por la que ocuparse durante toda su vida: la búsqueda de la felicidad que sin duda se encuentra en el Sumo Bien.

Hoy es necesario volver sobre la medida del servicio y del amor como realidades que suscitan verdaderos encuentros. Una gran enseñanza de Jesús de Nazaret es el amor que ofrece a sus discípulos y que hoy sigue siendo clarísima propuesta para hacer de la vida una experiencia coherente y significativa, es la que emerge en perspectiva y desde la misma pregunta del hombre por el sentido de trascendencia y de encuentro con el otro. El Evangelio de Lucas lo advierte con claridad:

Se levantó un legista, y dijo para ponerle a prueba: «Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?» Él le dijo: «¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?» Respondió: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo.» Díjole entonces: «Bien has respondido. Haz eso y vivirás.» Lc. 10, 25-28 (*Biblia de Jerusalén*).

Definitivamente, la felicidad o la vida de encuentro que se cultiva con el Trascendente y con los demás está cimentada en el amor. No es suficiente preguntarse, es necesario sumergirse en la práctica del

amor para que realmente surjan transformaciones y se produzcan efectos transformadores. Es oportuno recordar que dicha práctica da cuenta del aprecio por la virtud, entendida como: “[...] una disposición de realizar acciones cuyos efectos se caracterizan por su perfección; esta disposición se relaciona con la actividad-felicidad puesto que hacer algo bueno es deseable por sí mismo” (Ayala, 2017. p.172). La capacidad humana de reconocer y amar a Dios, y vivir profundamente tal realidad, se traduce de forma auténticamente palpable en los encuentros cuando están impregnados de amor por los otros; su comprensión de sí mismo se eleva al mayor nivel cuando puede **ver al otro y encontrarlo**: necesitado, viajero solitario que no le va bien por el camino, urgido de ayuda, injustamente despojado de lo que llevaba consigo, en gran riesgo de perder hasta la propia vida.

El encuentro con los demás es una exigente experiencia de apertura y a la vez una exquisita oportunidad de **tocar** el verdadero disfrute de la relación y el conocimiento; el auténtico encuentro humaniza a quienes logran vivirlo; con mucha frecuencia es anhelado y buscado, pero también no pocas veces desdeñado, mal entendido y deshumanizado. Un breve examen no estaría por demás; en un encuentro quizá el otro está muy cercano para corresponderle y desbordarse en servicio y aún no ha sido posible notarlo, porque se trata de un ser humano que vive marginado o enfermo o anciano o incomprendido, o quizá sumido en las dificultades, el vicio, la miseria, la ignorancia, es quizá un niño o un joven que vive maltratado, humillado o abandonado; en todo caso, es el que está necesitado de que una mano solidaria se extienda para ayudar, acompañar, comprender o sencillamente escuchar, valorar y tener en cuenta.

- Referencias -

Aguirre García, J. C. (2013). “El infierno son los otros”: Aproximaciones a la cuestión del otro en Sartre y Levinas”. *Alpha. Revista de Artes, Letras y Filosofía* (37), 225-236. Recuperado de https://scielo.conicyt.cl/pdf/alpha/n37/art_16.pdf

Ayala Román, A. M. (enero-junio, 2017). Virtud y Felicidad: Análisis desde la antropología cartesiana y el pensamiento comunitario de Spinoza. *Praxis Filosófica Nueva Serie*, (44), 169-191. Recuperado de <http://www.scielo.org.co/pdf/pafi/n44/2389-9387-pafi-44-00169.pdf>